

José de la Luz y Caballero y la tradición clásica en Cuba

Amaury B. Carbón Sierra
Universidad de La Habana

Uno de los más distinguidos representantes de la tradición clásica en nuestro país lo es, sin duda, el pedagogo y filósofo José de la Luz y Caballero (La Habana, 17/1/1800–22/6/1862).

Considerado por muchos el Educador por excelencia, su magisterio estuvo encaminado a la formación de la burguesía criolla —con la que se identificó—, la cual, por intereses de clase, debía enfrentar los desafíos del desarrollo y el progreso de la Isla, entonces colonia de España.

En esa misma dirección se orientó su pensamiento filosófico —empirista e iluminista— que lo hace continuador entre nosotros de las corrientes más avanzadas, que conducen de José Agustín Caballero y Félix Varela a Enrique José Varona.

Insertas en esas preocupaciones están sus ideas y sus trabajos relacionados con la tradición grecolatina.

El primer contacto formal de Luz con la cultura de Grecia y Roma, y específicamente con el latín, tuvo lugar en 1814, cuando por indicación de su tío segundo y padre espiritual, el Pbro. José Agustín Caballero, inició sus estudios secundarios en el Convento y Colegio de San Francisco, en el que cursó Filosofía y Latinidad bajo la dirección de Fray Luis Gonzaga Valdés y de Fray Francisco Villegas. Tres años después, en 1817, obtuvo el título de Bachiller en Artes, previo examen en la Real y Pontificia Universidad de San Gerónimo de La Habana. No hay que olvidar que el latín era la lengua académica *ad usum*, tanto en las clases como en los ejercicios de grado y demás actividades. De esa época es la tesis —que cita Trelles— defendida por Francisco Valdés, Luz y Caballero y Cecilio Silveira:

Hispaniarum patronae auspiciis, haec theoremata ex universa Philosophia excepta propugnabunt D.D. BB. D. Franciscus Valdes, D. Josepho de la Luz et Caballero et D. Cecilius Silveira. Auxilium eis prestabit P. Fr. Aloysius G. Valdes, artium cathedr. moderator. Disputationis locus erit Ecclesiae huic Conventus S. Francisci, diebus 20, 21, 22, mensis Iabenti MDCCCXVII. Habanae: In typographia D. Stephanis Josephi a Boloña. En 80.M.XIX ps.

Bajo los auspicios de la patrona de España asistirán sobre estas proposiciones sacadas de la filosofía universal D. Francisco Valdés, D. José de la Luz y Caballero y D. Cecilio Silveira, con el auxilio del catedrático de Letras P. Fr. Luis Gonzaga Valdés¹.

Se sabe también que simultáneamente Luz había cursado Texto Aristotélico en la Universidad con el catedrático Don Bernardo del Riesgo, entre 1815 y 1816. De esta etapa, sin embargo, no se conserva ningún cuodlibete.

Su relación con el latín continúa cuando en 1819 solicita y se le conceden las cuatro Órdenes Menores y la primera tonsura. Al año siguiente ingresa en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio para seguir la carrera eclesiástica bajo la dirección de José Agustín; pero la interrumpe en 1821. Durante su estancia en el Seminario aprovecha el joven para oír las clases de derecho impartidas por Don Justo Vélez. Tras la obtención del título de Bachiller en esa disciplina, pone fin a sus estudios universitarios, aunque años más tarde se recibe de abogado en Puerto Príncipe adonde viajó para recobrar la salud.

Gracias a Alfredo Zayas se conoce la tesis defendida en el Colegio Seminario por José de la Luz ante el erudito profesor. Fue publicada en la imprenta de Palmer, y constituye el único texto neolatino escrito con toda seguridad por el joven Don Pepe. Helo aquí:

D.O.M. Qui studiis iuventutis propitius ad omnem rem de tollendis obligationibus, tam jure romano quam hispano, devovet, consecratque, D. Josephus de la Luz y Caballero, huius collegi Seminarii Scholaris studiosus. Locus propugnationis erit Aula Magna eiusdem Collegi die 15 Julii Anni 1817 hora solita, praeside adstante Pbro. Lto. D. Justo Velez, Juris Patri moderatore. Habanae: Typis Domini Petri Nolasci Palmer.

D.O.M. D. José de la Luz, favorecedor de este seminario, propicio a los estudios de la juventud, dedica todo empeño a remover obstáculos en el derecho romano y en el español².

Es importante destacar que en esta etapa Luz no sólo se relaciona con textos de filosofía, teología y derecho, sino que también se pone en contacto con los clásicos del Lacio, principalmente con Tácito, Horacio y Cicerón, autores que José Agustín leía, y hacía leer y comentar a sus discípulos, de acuerdo con la evocación que hiciera años después, en 1835, su propio sobrino:

¡Cuántas veces descendía hasta consultar a sus mismos discípulos sobre la inteligencia de algunos pasajes de los clásicos del Lacio, cuyo idioma constituía todas sus delicias y de cuyas páginas de oro no alzaba las manos ni de noche ni de día!³.

1. TRELLES, Carlos M., *Bibliografía cubana del siglo XIX*, Matanzas, Impr. de Quirós y Estrada, 1912, t. I, p. 142.
2. *Ibidem*, t. I, p. 139.
3. LUZ Y CABALLERO, José de la, *Escritos literarios*, La Habana, Editorial de la Universidad de La Habana, 1945, p.183. Cf. también CABALLERO, José Agustín, *Escritos varios*, La Habana, 1956, t. I, p. 190.

Los viajes que realiza Luz por los Estados Unidos y por diez países europeos entre 1830 y 1831, luego de ejercer dos cursos la cátedra de Filosofía del Colegio Seminario (1824-1826), le permiten, por una parte, perfeccionar varios idiomas modernos, traducirlos, y conocer los adelantos científicos y las ideas filosóficas y educativas más progresistas; y, por la otra, ponerse en contacto directo con los documentos de las grandes culturas a través de visitas a las bibliotecas y museos y a los sitios arqueológicos de la antigua civilización romana. Así, en su *Diario de Viaje* anota el 17 de enero de 1830 en Roma:

Biblioteca [del Vaticano] Papiros. Cardenales bibliotecarios. Sixto III la formó. Gran Salón. Zodiáco. Pintura [...]⁴.

Y el día 19:

Foro Romano. Júpiter tonante. Distancia de sucesión de los monumentos. Así se explica la multitud de edificios del Foro. En tiempo de los emperadores. Doscientos años después de los Scipiones, se permitía a esclavos mezclar sus cenizas con las de los Scipiones. Espíritu del Imperio, Templo de la Concordia [...]⁵.

Director del Colegio San Cristóbal o de Carraguao (1832-1835) y posteriormente de El Salvador, fundado por él (1848-1862), desempeñó al mismo tiempo las clases de filosofía y latinidad, que tuvo que abandonar cuando la salud no se lo permitió, según cuentan Manuel Sanguily y Enrique Piñeyro, que fueron alumnos y luego profesores de este último centro.

Precisamente, en una carta que le dirige Varela desde Nueva York el 24 de agosto de 1833, alude a aquellos cursos de latinidad de Luz, basados en un autor latino medieval:

He leído el artículo impreso en el *Diario* de esa ciudad sobre el establecimiento que V. Dirige, y advierto con gusto que ha elegido V. a Sulpicio Severo [historiador cristiano de los siglos IV y V] para la traducción en la primera clase de latinidad⁶.

Y a continuación Varela le comenta:

¿Ha fijado V. la atención sobre el parrafito con que empieza la Historia de Saúl? Si V. lo traduce y lo imprime en castellano, se acabó la jarana del Colegio. Mi ejemplar es del año 1693 y está durito en este pasaje. No sé si ediciones modernas estarán suavizadas⁷.

Otros contemporáneos de Luz nos han dejado su testimonio sobre él. De la facilidad con que escribía y hablaba el latín dice Anselmo Suárez Romero que podía

4. LUZ Y CABALLERO, José de la, *De la vida íntima*, La Habana, Editorial de la Universidad de La Habana, 1945, t. I, p. 146.

5. Ídem.

6. Obra citada en nota 4, t. II, p. 149.

7. Ídem, p. 130.

«improvisar discursos en esa lengua»⁸. Por lo tanto, no debe sorprendernos que un empleado del Colegio San Cristóbal identificara el latín como «la lengua de Don Pepe», según nos ha transmitido su biógrafo José Ignacio Rodríguez⁹. Pero quizás la medida del dominio de aquel idioma alcanzado por Luz sea la afirmación del gran hablante de origen polaco Alejandro Pomaroli de que a los únicos a quienes temía por los conocimientos del latín eran José Agustín Caballero y José de la Luz. Pomaroli —según Suárez Romero— sabía todos los clásicos de memoria, de modo que para hacer la crítica de cualquier obra no necesitaba refrescar la memoria leyendo ningún texto, e improvisaba exámetros (*sic*) y pentámetros con la misma espontaneidad con que respiraba¹⁰; de donde la importancia y la autoridad de su juicio.

Prueba de su amor al latín y la comunión con él lo es el hecho de que Luz elevara a aforismo —el CXXI de su obra— su consideración sobre el papel histórico de Roma y de su idioma:

Nada es comparable a la dignidad de la lengua latina. Ella fue hablada por el pueblo, que le imprimió aquel carácter de grandeza, único en la historia del lenguaje humano, y que ni aun las lenguas más perfectas han podido jamás alcanzar.

¡Nacida para mandar, esta lengua todavía manda en los libros de los que la hablan. Es lengua de los conquistadores romanos, y de los misioneros (conquistadores) de la iglesia romana. Trajano, último esfuerzo del poder de Roma, la llevó hasta el Eúfrates; el romano Pontífice la ha hecho entender en las Indias, la China, el Japón.

Lengua de civilización, mezclada con la de los *Bárbaros*, nuestros padres, supo suavizar, refinar y por decirlo así espiritualizar sus idiomas groseros.

Tiéndase la vista sobre un mapamundi, y tírese la línea donde esta lengua universal cayó; allí están los límites de la civilización y de la fraternidad; allende no encontraréis más que el parentesco humano¹¹.

De igual modo, reconoce Luz el valor educativo del idioma del Lacio:

[...] educar no es sólo enseñar gramática y geografía [...]; educar es templar el alma para la vida [...]; es fortalecer, regenerar el alma, es como lo comprendió el bello idioma del Lacio, sacar del tierno niño, el hombre fuerte, el varón heroico, el genio sublime¹².

No debe olvidarse tampoco que en su *Revista de exámenes generales de las escuelas y colegios de esta ciudad*, de 1831, en que analiza los avances en la ense-

8. Tomado de *Letras. Cultura en Cuba.*, La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 1989, n° 6, p. 282.
9. RODRÍGUEZ, José Ignacio, *Vida de Don José de la Luz y Caballero*, Nueva York, Imprenta y Librería de N. Ponce de León, 1878, p. 11.
10. SUÁREZ Y ROMERO, Anselmo, *Obras completas*, La Habana (inéditas), vol. I, Biblioteca Nacional José Martí. Pomaroli profesó en varios colegios de la ciudad, principalmente en el San Fernando, dirigido por Narciso Piñeyro, padre del ensayista y crítico Enrique Piñeyro.
11. LUZ Y CABALLERO, José de la, *Obras*, La Habana, 1890, vol. I, p. 69. Son numerosísimas también en sus obras las palabras y expresiones en latín.
12. LUZ Y CABALLERO, José de la, *Elencos y discursos académicos*, La Habana, Editorial de la Universidad de La Habana, 1952, p. 443.

ñanza del latín en cuanto a métodos, lo llama «el venerable idioma de los romanos» y «un idioma en el cual deberíamos beber perennemente como de un manantial inagotable para fertilizar y enriquecer el nuestro propio que es uno de sus hijos más legítimos»¹³. Y al referirse a la facilidad y maestría con que los jóvenes traducían pasajes difíciles de la *Eneida*, se pregunta retóricamente:

¿Qué frutos tan sazonados no se prometerá la literatura de ese trato continuo con los legisladores del buen gusto?¹⁴.

A esta conclusión final agrega un verso en latín tomado del *Arte poética* de Horacio que es una exhortación a no abandonar el comercio con los clásicos grecolatinos: *Nocturna versate manu, versate diurna*¹⁵ («No hay que dejarles de mano ni la noche ni el día»).

Por todo cuanto se ha dicho, por su trato asiduo con el latín, y por su comprensión de los *studia humanitatis* como elementos de formación moral e intelectual, José de la Luz y Caballero ocupa, para orgullo nuestro, un lugar relevante en la tradición clásica forjada en Cuba.

13. *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, 1831, n° 4, p. 7-8.

14. LUZ Y CABALLERO, José de la, *Escritos educativos*, La Habana, Editorial de la Universidad de La Habana, 1952, p. 14. En los colegios que Luz dirigió se enseñaba también griego con buenos resultados, e incluso, en su proyecto de fundar el colegio El Ateneo contemplaba «aquellos idiomas que no se enseñan gratuitamente como griego y alemán» (cf. CHÁVEZ RODRÍGUEZ, Justo, *Del ideario Pedagógico de José de la Luz y Caballero*, La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 1992, p. 65).

15. Ídem.